

Cuando los Políticos Eran Inteligentes

Por ENRIQUE LAFOURCADE

Sin la ironía el mundo sería como un bosque sin pájaros. (Anatole France).

¿Quién manda el buque?

Para saber y contar y contar para saber, estera y esterita para secar peritas, estera y esterones para secar orejones, había una vez un munido donde los políticos tenían buenas pulgas, excelente humor y eran como tontos para la talla. Nada de estadísticas. El solemne iba muerto. Se disponían letítricas satíricas. **Justiniano Sotomayor Pérez Cotapos** era un "as". Vio una vez entrar a la Cámara, del brazo, a Luis Alamos Barros y Littré Quiroga Arenas, al igual que él, diputados radicales. Improvisó estos versos:

Para hacer casas chilenas
acarrean en sus tarros
don Littré Quiroga... arenas
y don Luis Alamos... barro.

Don Rafael del Canto, diputado liberal,

tenía una "escondida", en el mejor estilo mexicano. Dijo una fiesta en casa de su amada. Esta estrofa se atribuye a alguien que no fue invitado:

En el día de su santo
hubo fiesta en el cotorro
ella se encargó del... gorro
y don Rafael... del canto.

Fidel Estay Cortés, demócrata, era oriundo de Nogales, diputado, senador, ministro. Un día un grupo de radicales, acogiéndose rumores de que Fidel en la Carta de Tierras y Colonización habría recibido dineros a cambio de títulos de dominio redactó esta estrofa:

Cuentan que Fidel Estay
anoché le dijó al CEN:
yo no quería que me den:
yo quiero estar donde hay.

Manuel Eduardo Hübner

Es el último de "Los Tres Mosqueteros". Faltan Julio Barrenechea y Carlos Casassus. Un trío alegre, de grandes y privilegiadas gargantas de tribunos. Hübner y Barrenechea se dieron a la política. Casassus, a la poesía y al esoterismo. Concluyó sus días en excelentes relaciones con Dios, el que le hablaba cada mañana por intermedio de su segunda esposa.

Cuando estalla la revolución mexicana, Hübner escribe: "Méjico en marcha", como nos informa Barrenechea, "sin haber previamente conocido México. Lo escribió prácticamente de oídio". Un libro, en su opinión, valioso. "Claro que después del 'Méjico en Marcha', por Manuel Eduardo Hübner, vino Manuel Eduardo Hübner en 'Marcha a Méjico', donde pudo constatar que el país de su devoción estaba bastante parecido a su libro".

Hübner, en los tiempos del socialismo, "extraído de la nada" una diputación por el norte". Barrenechea hacia lo mismo en el sur. Trabajos que él llamó "de ilusionismo político".

"Yo, por lo menos, tenía a Juanito Picasso, que, como era jorobado, podía ser un factor favorable de buena suerte. Manuel Eduardo sólo contaba con Tulito Guevara, cuya acción fundamental consistía en sonreírse entre las ranuras de Illapel".

Luego, Hübner descubre al "Chicharra" de nombre Tulio Salinas, que ya con Guevara pasaba a constituir una verdadera dinastía de los Tulios.

En otra oportunidad, Hübner y Barrenechea marcharon disciplinadamente a proclamar como candidato a regidor al Teatro Coliseo de Valparaíso a un panadero, de apellido Olgún. En el tren preparaban sus discursos. La "masa" popular, la "levadura" del socialismo, la "harina de otro costal", etc., etc. Cuando llegan, tragedia. Se había descubierto que el panadero Olgún tenía su muerte huacha. En vez, se proclamó al zapatero Castro. En la concentración se le dio una oportunidad para defendarse a Olgún. Este entregó datos, ra-

zones y al final gritó: ¡Maté! Barrenechea: "recibí una ovación tan clamorosa, que no la he oido igual ni en la mejor muerte de toro".

¿Naives? ¿Cazarros? ¿Pícaros?

Ramón Barros Luco fue, tal vez, las tres cosas. El pueblo lo celebra. Y hoy



● Ingenio, picardía criolla y la buena "talla" a flor de labios disminuían las pasiones de este oficio de profetas, no exento de vehemencias y furias.

se le recuerda con alegría. Según la leyenda, su fama empieza cuando el Presidente Federico Errázuriz Zañartu no logra un candidato para Ministro de Hacienda que satisfaga a la oposición. Entonces les habría dicho: —Quieren ponerme dificultades? Pues bien! Hare Ministro de Hacienda al primero que pase por la calle! Se asoma por un balcón de La Moneda y ve pasar a Ramón Barros Luco, en ese entonces funcionario del Ministerio del Interior.

En 1897 don Ramón es embajador en Francia. Cincuentón, desposa a Mercedes Valdés Cuevas. Toda la familia creía que estaba interesado en otra hermana, viuda, joven, rica y mucho más bonita que Mercedes. Sus cuñados le representan su extrañeza. Responsta: —Ya comprenderán que, a mis años, prefiero ser una sorpresa para una soltera que un desengaño para una viuda.

Le tocó gobernar con trece gabinetes. El régimen de la "remolienda araucana", como lo bautizó Enrique Mac-Iver.

Firmen todo lo que quieran. Despues veremos aquí lo que conviene ratificar. (Instrucciones a delegados de Chile a una conferencia internacional.)

Esta es una falta muy grave y merece una sanción igualmente grave. Durante una semana va a tener que firmar el despacho por mí. (A un subalterno de Interior sorprendido imitándole la firma.)

Merceditas, no hay que meterse en las vidas ajenas. (A su mujer, que le pedía que pasaran los fines de semana leyendo "Vida de Santos".)

Dos de sus mejores salidas. La primera cuando el prefecto de policía de Iquique es destituido por su mandato. Organiza un "meeting" en la plaza y envía telegrama a don Ramón: "Pueblo de Iquique exige mi permanencia en el cargo".

—No le haga caso.

La segunda, cuando una delegación de la provincia le pide audiencia explicándole que allá no se puede vivir, sin alcantarillado, ni pavimentación, ni hospital, ni diversiones.

—Esto no tiene más que un remedio. Vénganse a Santiago, donde hay de todo.

Don Emiliano, don Arturo

En Lima, el primero, como embajador, debe oír a un airado cura peruano explicándole sobre una reja hecha de metal noble que "por hallarse oxidada salvó de la rapacidad de los chilenos".

—Qué buen dato, señor cura! No la olvidaremos para la próxima...

Sobre El León circulan cientos de anécdotas. Algunas, irreproducibles, aunque siempre ingeniosas, como esa célebre de Abajo Alessandri!

Una vez pasando frente al recién inaugurado edificio de "El Diario Ilustrado", exclamó:

—Lo que vale una mala lengua bien administrada!

Y esta otra, ya bastante conocida. Plaza de Temuco, gira electoral de 1920. En la multitud alguien grita:

—Tenemos frío!

El León toma un fino abrigo y lo

lanza, diciéndole: —Tienes frío? Abrigate, hombre!

Le reclama luego un prohombre de la comitiva: —Bien bonito el gesto, pero resulta que el abrigo que tiraste era el mío...

Y El León, abrazándolo: —Cómo te envído! Hacer el bien sin querer!

La anécdota fue narrada por Julio Barrenechea cuando era embajador en Colombia. Celebradísima. Alguien aseguró que Silvio Villegas, un senador colombiano famoso por sus arranques populacheros, hacia lo mismo.

Otro bogotano añadió:

—Con una diferencia, Silvio también tira el abrigo, pero con el amigo adentro...

Otro notable por su mordacidad fue don Luis Izquierdo Fredes, liberal, diputado, ministro de Relaciones Exteriores de Pedro Montt, y quasi-Presidente de Chile.

Una vez saca a bailar a una dama ya madura.

—Gracias, pero no bailo con guaguas.

—Disculpe. No sabía que estaba embarazada.

En otra oportunidad, la Primera Dama, doña Sara del Campo, lo interró:

—Háblenos de los siústicos, don Luis!

Y él, suavemente, mirándola a los ojos:

—De los de la ciudad, señora Sara? ¿O los del campo?

Un día invita a almorcáz a su amigo Arturo Prat Carvalj. Es el 21 de mayo. Este se excusa porque en el aniversario de la muerte de su padre la familia se reúne en la casa. Don Luis, aceptando las excusas:

—Sácame de una duda, Arturo, ya que estoy tan desmemoriado: ¿de qué murió tu papá?

El Presidente J. E. Montero ("La monja"), como lo estigmatizó El León, pide explicaciones a su ministro de Defensa, general Carlos Vergara M. sobre rumores de golpes.

—Respondo con mi cabeza de la lealtad de las Fuerzas Armadas.

Don Luis: —No podría, querido colega, mejorar la garantía?

Hay miles de anécdotas. Muchas, de Presidentes. José Joaquín Pérez, exhibiéndole a una delegación de políticos que reclamaban porque no había libertad de prensa en Chile, una caricatura recién publicada donde aparecía él con orejas de burro. O dispersando una muchedumbre de señoras beatas cuando ordenó a la policía que sólo "se limitaran a abrazarlas y a besárlas".

Domingo Santa María, recibiendo una delegación de señoras que venían a protestar por las leyes de matrimonio civil y cementerios laicos:

—Quiero que me lo expliquen con claridad. A ver, que hable la de más edad.

Carlos Ibáñez del Campo produjo poco humor. Pero tuvo una salida genial, en Arica, en su segundo período, cuando un airado boliviano le exigió:

—Queremos puerto, Presidente!

—¿Y para qué quieren un puerto si tienen mar?

Tiempos pasados. Hoy, los políticos son agrios, solemnes, viven dando y pidiendo explicaciones, entrando y saliendo de sus grupitos. Los mandatarios y jerarcas, celosos de sus poderes, no admiten una broma. Un poco de risa, para estos años que vienen. Vamos a necesitarla. No sólo risa, sino las "carrasquillas homéricas". Los dioses que amaba Homero proclamaban la alegría griega de vivir. Recuerden, señores: casi todos los monumentos son huecos.